

EL CORRO DE LAS MENTIRAS, por Juan José Fernández Delgado



Bien es verdad que “El Corro de las Mentiras “merecía más de dos sabrosos artículos que dieran justa cuenta de su importancia en la historia aldeana. Nosotros, al filo de la carretera, nos detendremos en su corazón para desmenuzar algunas páginas acunadas en la duermevela de la memoria que sirvan de testimonio de lo que fue y justifiquen su bien ganada nombradía. Digamos para empezar que su vida era tan efímera como un verano, como todos los días de verano de ocho a diez y media, mientras anochecía y el cielo se llenaba de espuelas. A esa hora, se convertía en ágora del mocerío masculino – sólo masculino – de Aldeanovita. Quien se preciara de mozo, forzosamente, allí debía acudir de ocho a diez y media. Es cierto que también los domingos después de misa había “Corro de las Mentiras “, pero era un “Corro “más concurrido y postinero, de traje y corbata, de hombres casados y riquillos petulantes. El verdadero “Corro de las Mentiras “era vespertino y veraniego, verdadero rasero de bravura y empuje moceril. Allí el mocerío hacía recuento ponderado de la rudeza de la jornada recién acabada y de las bazas ganadas de estío: qué mulo tiraba más, quién metía más haces en un carro, quién había llevado más jara y retama a los hornos alfareros de Puente. Esta era la conversación más seria; después se hacía espontánea y ligera, variada y sabrosa, cerril; de ahí que surgiera la chispa graciosa o irreverente, o las ocurrencias más disparatadas y sugerencias rayanas en quimeras y travesuras. En esos momentos , la diosa Fantasía se adueñaba de los contertulios y surgía el arrojito becerril , la hipérbole sin límite ni rubor, las bruscas bromas y las propuestas más inesperadas que debían ser materializadas esa

misma noche ; ir a coger matas de garbanzos al Callejón de los Lobos , o la fruta a los huertos más alejados de la aldea , o los gallos “ del marqués de la romana “.Allí se deshacían verdades y se levantaban pirámides de infundíos, ofrecidos no como verosímiles sino como hechos tan ciertos como verdaderos...La prudencia en el obrar y en el decir , eterna enemiga declaraba en Aldeanovita , era desbancada por la temeridad y la irreverencia del sexto mandamiento, de modo que las interioridades del pueblo quedaban a ojos vistas en el ciframiento del cuchicheo.

Si bien es cierto que desde siempre ha estado abierto a los cuatro vientos , no es menos verdad que para el interés popular estaba resguardado por el famoso baile de “ tío Sinfuriano “ , por la taberna de “ el rojete “ , por la cochera de “ perrachica “ y un poco más arriba la posada de “ tío Eliseo” , por la pared del frontón primerizo que en Aldeanovita hubo y por lo que fue en tiempos bélicos la “ Casa del Pueblo “ o “ el Comité Popular “ y , también , en la posguerra , por el Cuartelillo de la guardia civil , justamente en el esquino del Corro.

Por todo, está de más decir que desde siempre ha sido ágora y foco de la comidilla popular , de aquí que en el redondel de sus entrañas se hayan dado cita todas las ensaladas aldeanas: las jocosas y pintorescas para celebrarlas con exageración y bulto ; las serias para despojarlas de su gravedad y hacerlas ridículas. Todo había de ser confirmado en su seno para adquirir la virtud de verdadero y para que lo verdadero se convirtiera en fábula y ñoñería. La hombría, hechas retales , se compraba y vendía en el Corro de las Mentiras a precio de saldo , embadurnado en la ocurrencia más brutal y disparada , en la mentira más hiperbólica y en la fuerza bruta más elemental ; y a bizarría , y el temple bien cuajado. Es cierto, no obstante, que el muchacho espigado, incluyéndose entre los contertulios del Corro, daba el salto a la mocedad, prolongada hasta que entraba en quintas.

Tres años mili eran muchos años de mili para reintegrarse en el Corro. Si ocurría algún permiso, el ausente era admitido, y aun admirado, en el Corro: se hacía silencio para escucharle y se le miraba atentamente, para alabarle alguna de sus actuaciones, para asombrarse de lo que decía y siempre para aplaudirle o abuchearle. Los contertulios también le prestaban atención hilvanando su propia mili con las anécdotas y experiencias narradas por el soldado , o para descubrir en el entrecejo paisajes lejanos, todos más allá del Pinete, límite irrevasable del universo aldeano (Puente , por próximo y familiar , se consideraba dentro de estos límites) .Por el contrario , si se presentaba licenciado , ese ya no cabía en el Corro de las Mentiras y emprendía la emigración.

Reflexionaba sentado en el esquino del Corro y la mariposa que me había traído hasta aquí, dio un salto y traspuso las lindes de la carretera dejándome atrapado en un mundo de recuerdos difusos y lejanos. Al instante, escuché una algarabía de voces que hacían eco a la que más sobresalía:” ¡A ese , a ese ! “.Vanamente me esforcé por averiguar de dónde procedía. Pero en el intento , pude leer en enormes letreros este mensaje que no estaba escrito en parte algun “ Sólo para hombres “.Y en efecto ; un grupo de mozos se disponían a coger a un zagal para darles “ las culás “ contra el filo de un esquino ; luego cogieron a otro rapaz con aspecto de pícaro , que llamaban “ Faltiqueras “ , y les “ culeraron “ a pares. Pero otros ruidos, otros murmullos , otras voces mezcladas con canciones arrítmicas de los pastores que festejan el día de San Pedro ; otras, de un auto sale de una cochera de puertas rojas y se mezclan con la imagen de la famosa y primeriza “ Rubia “ de tío Visita , que , gobernada por Isacio , recogía los viajeros en el

mimo corazón del Corro de las Mentiras; y el ritmo renqueante de la paquetera de Guadalupe con su carga completa de olorosos melones de Alcolea mezclado con una vagarosa estela de humo sucio , cruza entre un grupo de muchachos que se columpia en la trasera de la camioneta y hacen más penosa la marcha del automóvil. Dos se han encaramado en lo alto y tiran melones que los demás cogen al vuelo.

Más cerca, se oyen, los CORDES del saxo y del acordeón, del tambor y los platillos. Hay baile en la fornida casa esquina. Tras la ventana se adivina una atmósfera espesa: una joven está de rodillas con los brazos en cruz negándose a bailar con el solicitante y pide la muerte antes de consentir en el tesón del galán de pelo negro-negro; mientras, otros jóvenes ultiman el convenio de bailar una pieza si y otra no , ajenos a la dama que acentúa su imagen esperpénticas entre la escasa luz del carburo. En otra imagen , el gentío hace corro y baila la jota de dos en dos : el novio y una joven con un tenedor en el que lleva prendida una manzana y un billete de escaso valor; luego es la novia quien baila con un mozo que en la mano alza el tenedor , la manzana y otro billete de valor escaso. Son rostros impenetrables, y cuando terminan de bailar otros cogen el tenedor y la música continúa arrancado los acordes monótonos en la penumbra de la noche mal alumbrada. Trasnochadas y ajenas , varias mujeres se afanan preparando la ensalada y el arroz “ con dux “.Y sin saber cómo , pero con un pestañeo , el local ha cambiado de aspecto y decorado: un rayo de luz en blanco y negro cruza horizontal el vano de la sala sobre las cabezas del gentío y proyecta la figura de “ Martín Corona “ y cuadros espeluznantes de “La Hija de Juan Simón “.Detrás hay un artefacto con dos ruedas desiguales, unidas por una cinta de celuloide y una manivela que Quico “Marina “ pone en movimiento con desigual maestría. Muchas veces, la gente absorta en la pantalla rompe en aplausos atronadores, al final, abandona el recinto en ejemplar desorden portando al hombro las silletas que ha traído entre un murmullo ensordedor y botellas de gaseosa vacías y desparramadas.

Y acabada la película , caigo en mi sentado en el pico de la acera que corona el afamado Corro , y un golpe de luz me trae una mañana radiante del mes de agosto; día de San Bartolomé con la misa mayor oída. El Corro rebosa de entusiasmo popular sin iniciativas propias. El sol rebota sobre los tejadillos y el pasto cruje al tostarse sobre el tapial y el corralón cercano entre deformadas pelotas de estopa forradas de cuero blanquecino con una fina goma que las hace imperdibles .Entre el grupo de gente festiva, predomina la juventud y el color blanco de la vestimenta. Se disparan cohetes distanciados y contables entre la algarabía, el parpadeo asustadizo y el sí y el no del nerviosismo con muecas de temor y asombro. Un joven aventurero, azuzado por los demás, hace el fuego en su mechero de mecha y lo aplica al ápice del cohete que emprende una dirección equivocada, tan equivocada que va a empotrarse en las entrepiernas del joven de pantalones blancos. En un instante, un olor chamusquina se extiende por todo el corro con la velocidad de las nefastas noticias y deja parduzca la blancura recién planchada que contrasta con el arrobo del intrépido joven. Se alumbra también en la memoria una tarde ya apagada de agosto , en la que el Corro se encuentra animado por una efusiva concurrencia : los mozos hacen recuento de los carros de jara y retama, rozados al monte , que han llevado a Puente e intentan, vanamente , adivinar cuál de ellos ha hecho más viajes , y cuál es el mulo más poderoso del pueblo , y quién cerrará más grano...Una joven en edad de merecer ha de cruzar inexcusablemente la plataforma del Corro en esa hora repleta de jóvenes afanados en hacer mentiras y deshacer verdades. Para ello, ha de buscar al hermanito menor o al niño de la vecina, que exhibirá al cuadril a modo de escudo humano mientras pasa entre la masa masculina

que fanfarronea glorias inexistentes y urde travesuras y quimeras. Y estas imágenes se apagan, y otras incontrolables se desvanecen también, y en el esfuerzo por retener alguna, oigo una voz ronca, ilocalizable, como si saliera de la cruz misma trazada por el Corro y la calle de la Pasión:

-Joven, mucho apuntamos.

-Sí, jirones del pasado, tan próximos y tan lejanos. Parecen de hace un siglo ¿Con quién habló?

-Con el Corro de las Mentiras. Veo lo que escribes y mentiras no dices. Pero hay algo relevante del Corro que no iría gandío si lo anotas también.¿Cuál es tu edad ¿

-Pasados van los cuarenta. ¿A qué viene ello ¿

-Es que hay estampas que no has conocido debido a tus años

-Dígalas, que agradecido las escribiré. En ello estoy.

-Verás. Aquí, en estos confrontes, se estableció la Casa del Pueblo ó Comité durante los tiempos bélicos.

-¡Ya! Y de ahí proceden estas risotadas y estos graves murmullos que no puedo localizar ni descifrar.

-Ello es .Y ahí celebraban las comilonas con las viandas que requisaban a los ricos , y las reuniones, y.. Un día de otoño del 36... ¿Sigo ¿

-Se lo ruego, por favor, Siga que yo anoto.

Aquel día, a media mañana, los milicianos acogieron a un muchachillo de diez u once años que subía por la carretera y lo metieron en la casa. Un gran patio con un hermoso soportal y una mesa redonda en medio era el cuerpo. De pronto, se oyen voces que aumentaron a medida que otros hombres iban saliendo de las habitaciones comiendo canteros de pan rebanados con sendas navajas. Habían hecho un cerco al niño que giraba en torno a la mesa, amedrentado y temeroso. De pronto, entró un hombre, tío Esteban, por la puerta y , al percatarse de lo que pasaba , extendió las manos y espatarró de par en par sus ojos azules resguardados por blancas pestañas y se fue al bloque de hombres , parlanchinos y vociferantes aquellos hombres fueron vistos y no vistos : en un instante desaparecieron y quedaron los dos solos en la amplitud del patio y el temblor del silencio :

-¿Te han pegado ¿

-No, Sólo me han insultado

-Ahora, vete a casa y aguardas a la tarde para irte con tus padres – dijo tío Esteban cogiendo al muchacho por el brazo.

Y en este instante, la mariposa apareció con el brillo de sus lugares y su color amarillo y vino a posarse a escasa distancia de donde me encontraba. Y en cada lunar adiviné imágenes borrosas y desgastadas, pero sus perfiles me permitían entrever grupos de chavalillos que se jugaban las perras al encuarte o el encuarte corrío , o los huesos de albaricoque , y entre ellos, aclocadas en la larga acera de la casa de D.Enrique , las muchachas se intercambian las bolas de anís y los alfileres , y los alfileritos de cigüeña. Era una tarde aburrida de domingo. Y sobre el color amarillo, vi un pobre puesto de golondrinas esquinado y a un grupo de muchachos jugando a la pinte. También encontré un puesto de helados y un saco de paja que guardaba el hielo. Un niño registró sus bolsillos y los tenía vacíos, pero chupaba la última bolita de anís que era también de color amarillo.